

# NEW LEFT REVIEW 122

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2020

## PANDEMIA

MIKE DAVIS	Entra en escena el monstruo	11
AI XIAOMING	Diario de Wuhan	20
MARCO D'ERAMO	La epidemia del filósofo	28
N. R. MUSAHAR	Medidas de inanición en la India	34
ROHANA KUDDUS	Limoncillo y plegarias	42
MARIO SERGIO CONTI	Pandemonio en Brasil	50
VIRA AMELI	Sanciones y enfermedad	57
R. TAGGART MURPHY	Oriente y Occidente	67

## ARTÍCULOS

MICHAEL DENNING	El <i>impeachment</i> como forma social	75
OWEN HATHERLEY	El gobierno de Londres	93
SHAOHUA ZHAN	La cuestión de la tierra en China	131

## CRÍTICA

CHRIS BICKERTON	La persistencia de Europa	153
TERRY EAGLETON	Ciudadanos de Babel	161
LOLA SEATON	¿Ficciones reales?	168
JOHN MERRICK	Dorando la Gran Bretaña de posguerra	182

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
traficantes de sueños

---

SUSCRÍBETE

David Edgerton, *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History*, Londres, Allen Lane, 2018, 720 pp

JOHN MERRICK

## DORANDO LA GRAN BRETAÑA DE POSGUERRA

El propósito de *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History* es disipar los mitos que, según afirma su autor, David Edgerton, envuelven su objeto de estudio, siendo el principal entre ellos la noción según la cual el relativo declive de Gran Bretaña después de 1945 tuvo sus raíces en la cultura antiindustrial de una elite gobernante de *gentleman* diletantes. Hoy en día, una muy disminuida Ukania posiblemente no puede actuar por separado, insiste Edgerton. La Gran Bretaña de posguerra, en cambio, se bastaba a sí misma y tuvo mucho más éxito de lo que dan a entender los análisis dominantes. El historial de una de las economías más prodigiosas del mundo capitalista yace «sepultado por montañas de pruebas de aquello que supuestamente la desbarató». A pesar de que *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History* ha recibido críticas generalmente positivas, ni el historiador David Kynaston en el *Financial Times* ni el periodista y comentarista Neal Ascherson en la *London Review of Books* han logrado reconciliar la representación que hace Edgerton de Gran Bretaña como un imponente centro tecnológico con sus propias impresiones sobre aquel periodo.

Como historiador del King's College de Londres, Edgerton ha dedicado gran parte de su carrera a nadar deliberadamente a contracorriente de la historiografía británica, lo cual es tal vez un reflejo de su estatus ambiguo de *outsider-insider*. Nació en el seno de una familia anglo-argentina en Uruguay en 1959 y el fragmento autobiográfico que figura en los

agradecimientos indica una formación liberal-imperial de expatriado a caballo entre Montevideo y Buenos Aires, polos de atracción para la exportación de capital británico a América Latina antes de la Primera Guerra Mundial. «Sin ser consciente de ello, conocí la tierra de mi padre (nacido en 1903) por el diseño de las estaciones de tren, las visitas a los buques de guerra de la Marina Real, los cigarrillos Senior Service o la edición internacional del *New Statesman*». Su llegada a Gran Bretaña en 1970 a la edad de once años —«fuera de tiempo, como resto de un orden de cosas más antiguo»— le abrió un mundo que le resultaba a la vez familiar y extraño. En lugar de la aburrida y decrepita nación castigada por los periodistas y los políticos de la oposición, vio allí «mucho que admirar y de lo que asombrarse».

Edgerton atribuye su interés por la historia británica a la lectura de la obra de Keith Middlemas, *Politics in Industrial Society* (1979), presumiblemente mientras estudiaba en Oxford. En ella Middlemas diseccionaba una sucesión de mediaciones y acuerdos concebidos para prevenir la crisis entre el gobierno y las empresas y organizaciones sindicales cooptadas, entre las décadas de 1920 y 1960: un «sesgo corporativo» que no llegaba a constituir un sistema corporativista estable. Edgerton recuerda aquella obra como «un extraordinario replanteamiento» que «trasladaba el objeto de estudio de la política parlamentaria explícita a la orquestación secreta entre bastidores de los intereses del capital y el trabajo por parte del Estado: era aquí donde había que entender la política real y la verdadera naturaleza del Estado». Terminó su doctorado en 1986 bajo la supervisión del historiador marxista de la ciencia Gary Werskey en el Imperial College de Londres. *The Visible College* (1978), de Werskey, una biografía colectiva de cinco científicos miembros del Partido Comunista o situados en la izquierda laborista de la década de 1930 (el físico J. D. Bernal, el genetista J. B. S. Haldane, el zoólogo Lancelot Hogben, el matemático Hyman Levy y el bioquímico e historiador Joseph Needham), argumentaba que la historiografía del Partido Comunista de Gran Bretaña se había equivocado al considerar al intelectual típico del Partido como un «poeta políticamente inexperto». De hecho, la modernización de los cuadros científicos de la Vieja Izquierda se llevaría a cabo a través del laborismo de Wilson. Edgerton sigue un camino similar al de Werskey, al incorporar no solo a intelectuales comprometidos de la izquierda sino también de la derecha, como el ingeniero aeronáutico Sir Roy Fedden, quien atacó ferozmente la cultura del «algo a cambio de nada» del Estado del bienestar de la posguerra.

Publicado en 1991, el primer libro de Edgerton fue *England and the Aeroplane*. En su estudio de la centralidad del avión en la historia y la cultura inglesas, Edgerton argumentaba que el militarismo británico hasta la Segunda Guerra Mundial fue un «militarismo liberal», es decir, que priorizaba el ahorro de mano de obra mediante máquinas y tecnología, a diferencia del patrón continental basado en el reclutamiento obligatorio y

los ejércitos de masas permanentes. «El compromiso de Inglaterra con el avión ejemplifica el compromiso con las fuerzas armadas, la ciencia, la tecnología y la industria». Visto desde esta perspectiva, el aspecto relevante de Ukania cambia: ya no se trataba de «una nación asistencialista sin interés por la tecnología, sino de un Estado belicista que otorgaba una prioridad notablemente alta al desarrollo tecnológico», tesis que desarrollaría más adelante en *Warfare State* (2005) y en *Britain's War Machine* (2011). Después de la caída de Francia, el Reino Unido, lejos de ser «una isla sola», era un coloso tecnológico con un Imperio y una red de comercio global detrás de sí. Las súplicas de Churchill a Roosevelt para que le cediera material militar estadounidense a través de la *Act to Promote the Defense of the United States* (políticas de *Lend and Lease*) no eran un síntoma de la debilidad de la base industrial del país, sino «un intento de maximizar, a través de la división del trabajo, la explotación de los recursos comunes». Algo alejado de sus demás obras, el libro más popular de Edgerton, *The Shock of the Old* (2006), ofrecía una innovadora historia mundial de la tecnología, evitando las nociones de invención y adopción temprana, para centrar su atención en la «tecnología en uso» (dispositivos tan asentados como el motor de vapor y el bicitaxi recibían la misma atención que el ordenador y la bomba de hidrógeno).

*The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History* reúne y sistematiza gran parte de su trabajo anterior. Sin embargo, hay nuevas e importantes adiciones a la historia que Edgerton nos relata. Su objetivo principal es dar cuenta del surgimiento de un Estado británico «nacional-desarrollista» poco después de la Segunda Guerra Mundial. Esa estructura fue luego desmantelada, coincidiendo su agonía final con la huelga de los mineros contra Thatcher. La narrativa no está organizada en torno a ninguno de los puntos de inflexión convencionales: 1914, 1945 o 1979. En lugar de ello, Edgerton divide el siglo XX británico exactamente por la mitad, 1950, coincidiendo con el último año completo de gobierno laborista de la posguerra. Organizados por temas, cada uno de los nueve capítulos de la primera parte deambula entre la Inglaterra eduardiana (1901-1914) y los años de Attlee (1945-1951), examinando las estructuras del gobierno parlamentario e imperial, el desarrollo del bienestar social, los patrones del comercio internacional, el complejo militar-industrial, las corrientes de la vida intelectual y la cultura de la clase trabajadora y de la clase dirigente. Estos capítulos ponen de relieve el carácter excepcional del Reino Unido de *fin-de-siècle* en todos los casos en los que el país sale favorecido de la comparación. Así, Gran Bretaña destacaba por su apertura al comercio, un «lugar de abundancia» en un mundo de escasez generalizada. Montañas de bienes podían entrar en el país sin pagar aranceles ni aduanas, gracias al comercio con un Imperio dotado de una población sin precedentes, que a su vez formaba parte de un nexo comercial aún mayor. El país poseía una elite dominante «rica, segura de sí misma y distinguida», que

incluía a no pocos capitalistas productivos y funcionarios públicos con formación técnica, así como la sociedad proletaria más extensa del mundo. Las exportaciones de carbón hacían de Gran Bretaña la «Arabia Saudí de 1900». Se dio un gran impulso al sector manufacturero y la investigación y el desarrollo alcanzaron una escala equivalente a la de Alemania, si bien no a la de Estados Unidos. Los innovadores eran algo escasos sobre el terreno, pero tampoco del todo insignificantes.

Más adelante, la imagen que Edgerton dibuja de la Gran Bretaña de mediados de siglo es la de un lugar desconocido. A diferencia de la interpretación convencional, la Gran Bretaña de posguerra siguió siendo un Estado belicista, no del bienestar. Edgerton ataca la descripción, que él asocia con A. J. P. Taylor, del periodo 1939-1945 en términos de una «guerra popular» en la que la dirección laborista del frente interno empujó al país hacia la izquierda, haciendo posible la creación del Estado del bienestar durante el mandato de Attlee. Lejos de desencadenar «la apropiación del Estado y la nación por un pueblo movilizad», la economía de guerra estaba dirigida por gente como el barón de la prensa Lord Beaverbrook o el ejecutivo de la gran distribución Lord Woolton. Los primeros años del gobierno laborista se habían caracterizado por una visión económica mundial decididamente liberal. Hasta principios de la década de 1930, los laboristas decían no tener «ninguna confianza en intento alguno de fortalecer un capitalismo en bancarota mediante el correspondiente sistema de aranceles». En cambio, en 1945 el gobierno entrante de Attlee aceptó tanto el proteccionismo como el reclutamiento militar obligatorio. En estas cuestiones no había ningún tipo de acuerdo político amplio; de hecho, el famoso consenso bipartidista en lo económico —el llamado «butskellismo»— es en gran medida una exageración, ya que los conservadores estaban más orientados al mercado que el laborismo, que se concentraban en la planificación estatal. Pero en los campos técnico-estratégicos «la política parlamentaria no era relevante, porque regían unas estructuras estatales y una cultura administrativa más profundas». El mayor aumento del gasto público registrado entre las décadas de 1930 y principios de la de 1950 no se produjo en el campo de los servicios sociales o en la creación del Servicio Nacional de Salud, sino en el de las fuerzas armadas, entre otras cosas por la continuación del servicio militar nacional.

Edgerton rastrea la huella cada vez más fuerte de una unidad económico-nacional, como resultado de la venta o destrucción de dos quintas partes de los activos comerciales británicos en el exterior; de la nacionalización de las principales industrias por parte de los laboristas, que puso la mitad de la inversión nacional en manos del Estado; y de la introducción de tarifas y otros controles, que redujeron el ratio entre el comercio y el PIB del país. La abrupta terminación de las políticas de *Lend and Lease* por parte de Truman en 1945 dejó al país aislado económicamente. La campaña de estímulo a la exportación

organizada por Stafford Cripps, nombrado por Attlee al frente del Board of Trade, alentó «una concepción más nacional y tecnocrática de la economía». Sin embargo, la nación británica no era un mero espacio económico, sino una formación político-cultural bien definida que emergía de la cáscara rota de un pasado imperial. Tras la caída de Singapur en 1942, el papel del Imperio fue quedándose en blanco. Al lado de la embestida estadounidense en Vietnam, las operaciones británicas de contrainsurgencia efectuadas durante la posguerra en diferentes lugares eran nimiedades y la partición de la India no merece ni siquiera una mención en todo el libro. Ukania pertenecía al Imperio que gobernaba, de modo que la descolonización dejó tras de sí un Estado sucesor de nuevo cuño, «una más entre las nuevas naciones». Edgerton se detiene en el contraste existente entre el Festival de Gran Bretaña de 1951 (la Cúpula del Descubrimiento, un vasto platillo invertido hecho de aluminio y relleno con ejemplos del poderío técnico de Gran Bretaña, agazapado junto al Skylon, una gigantesca esquirra de acero que parecía flotar sobre la ribera sur del Támesis) y el espectáculo imperial escenificado en Hyde Park un siglo antes. La Gran exposición victoriana había generado una serie de pequeños «espectáculos del Imperio», que se exhibieron hasta finales de la década de 1930. Sin embargo, en 1951 muchas cosas habían cambiado ya en la presentación oficial de Gran Bretaña. No solo el Imperio había perdido relevancia, sino que por primera vez el centro de la escena lo ocupaba la nación: todavía dinámica, pero ahora con la mirada vuelta introspectivamente hacia sí misma en lugar de hacia sus dominios en el exterior.

La segunda mitad de *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History* narra la historia de cómo esta nación británica alcanzaba su punto álgido y luego inició su proceso de desintegración. Los gobiernos de las décadas de 1950 y 1960 conocieron la nación manufacturera más intensiva después de Alemania Occidental, mientras la sociedad se hacía cada vez más próspera. El primer discurso de Wilson como líder pronunciado en una conferencia del Partido Laborista, en el que refundió célebremente la socialdemocracia británica con el «calor blanco» de la revolución científica, fue menos un grito de desesperación contra la clase empresarial del país (según sus propias palabras, «caballeros en un mundo de jugadores») que una «celebración de la máquina, de la ciencia», que reflejaba un compromiso bastante generalizado con «una visión tecnocrática del país». Si la confianza y la inversión terminaron por decaer en la década de 1970, fue porque el «futurismo temerario» de los años anteriores no había dado los resultados económicos esperados. El proyecto Concorde, en este sentido, se lee críticamente como un ejemplo de tecnochovinismo fuera de lugar: durante el auge de la posguerra, Gran Bretaña también se pasó de moderna.

Para Edgerton, el creciente flujo transfronterizo de bienes y capitales facilitado por la entrada en la CEE en 1973, unido a las medidas de liberalización

financiera de Thatcher una década más tarde, terminaron por arrasar la nación británica. La empresa Reino Unido, S.A. tuvo una existencia real, pero no así Reino Unido, S.A., cotizada en bolsa. La contrarrevolución thatcheriana se hizo gracias a los restos de la economía nacional. Las empresas públicas se cerraron o se vendieron —fue el caso de British Telecom en 1984 y de British Gas en 1986—, mientras el Estado del bienestar quedaba como el último sostén de las comunidades industriales devastadas. Los conservadores no revitalizaron el capitalismo británico, sino que trajeron el capital internacional a Gran Bretaña; mientras, las cadenas de distribución globalizadas inundaban las tiendas con bienes de consumo duradero importados. Edgerton, sin embargo, tiene dudas acerca del apelativo de neoliberal aplicado a los gobiernos de Thatcher. En su opinión, «había ahí poco de original o nuevo y poco de liberal». La derrota de los mineros en 1985 marcó el fin del nacionalismo económico británico. El National Union of Mineworkers había exigido que las centrales eléctricas británicas quemaran carbón británico, pero el gobierno recurrió por el contrario a importaciones de carbón a gran escala. «A pesar de todas las quejas por la intervención estatal socialdemócrata, nunca había habido una intervención estatal de esta magnitud hasta Thatcher». Edgerton es devastador en su desprecio por la prole thatcheriana del *New Labour*, que decía estar tomando «decisiones difíciles» cuando en realidad optaba «únicamente por seguir la estela del gobierno precedente». Observa de pasada cómo las fantasías de Blair y Brown acerca de una «Gran Bretaña global» posindustrial se enredaron con las corrientes euroescépticas. Durante el primer mandato de Blair, el festival público de clausura del siglo tuvo lugar río abajo, en el norte de Greenwich. La Millenium Dome (una cúpula con doce picos al estilo Skylon, que venía a ser una amalgama posmoderna de los edificios de 1951) era «perfectamente emblemática de la nueva economía», concluye Edgerton, que parecía «mirar hacia el futuro mientras plagiaba el pasado».

Todos estos elementos conforman un análisis ricamente narrado, de un historiador dotado de una visión singular y una mente original. *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History* no solo es impresionante por su profundidad, sino también por su alcance. Aunque Edgerton es ante todo un historiador de la tecnología, su narrativa atraviesa con fluidez y perspicacia los diferentes hechos y problemáticas tanto en el ámbito cultural, como en el político. Con la iconoclasia que lo caracteriza, ofrece correcciones puntuales de muchos de los mitos nostálgicos que se repiten a lo largo y ancho del espectro político. A fin de hacer un balance del análisis de Edgerton, analizar el objeto de su crítica puede ser esclarecedor. Utiliza el término «declinismo» para situar una línea de la historiografía británica, que fue influyente en el pasado, floreciendo a izquierda y derecha, y cuya preocupación era «explicar el declive relativo, que obedece a lo que se considera que son fracasos

nacionales» (típicamente localizados en el sistema de creencias de un estrato dominante que tiene su centro en la nobleza terrateniente, incapaz de desarrollar una economía moderna). Se trata, para Edgerton, de un «whiggismo a la inversa», que, en lugar de hablarnos de una nación empujada por la inexorable marea del progreso, nos describe una nación condenada al fracaso por la cultura de sus elites. *The Pride and the Fall: The Dream and Illusion of Britain As a Great Nation*, la monumental obra del historiador militar conservador Correlli Barnett, recibe las críticas más duras. El primer volumen, *The Collapse of British Power* (1972), sostenía que las semillas de la decadencia de Gran Bretaña fueron plantadas en la década de 1930 y provenían de la sobrecarga imperial y de un error de cálculo estratégico. En contra de la percepción que la nación tenía de sí misma, el Reino Unido era ya por entonces una potencia de segundo orden. *The Audit of War* (1986) demostraba cómo las debilidades de la economía (la gestión industrial inepta, la intransigencia de los sindicatos, la excesiva dependencia de la tecnología importada, el culto del «hombre práctico» sobre el experto cualificado, una percepción errónea del Imperio como una fuente de poder, obviando el desgaste de recursos que realmente suponía) se hicieron patentes entre 1939 y 1945. La guerra no se ganó en las playas de Normandía, sino en el Este gracias a la Unión Soviética. Barnett puso de relieve otra deficiencia de la cultura oficial en *Lost Victory* (1995), cuando los bienintencionados promotores del sueño de una «Nueva Jerusalén» del gobierno de Attlee dilapidaron recursos escasos «invirtiendo en vivienda en lugar de en infraestructura». Por último, *The Verdict of Peace* (2001), que abarca desde el rearme a raíz de la Guerra de Corea hasta la debacle de Suez, trata sobre todo del «abismo que separaba las pretensiones británicas de los recursos británicos» a medida que los persistentes delirios de potencia mundial se topaban durante la Guerra Fría con la subordinación a Estados Unidos. El país, en definitiva, se había convertido en «un satélite que gesticulaba como un igual».

Los escritos de Barnett, meticulosamente argumentados sobre la base de los archivos estatales, se distinguen de los análisis histórico-culturales más amplios que Edgerton también incluye dentro de la órbita declinista. *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit* (1981), de Martin Weiner, identificaba un cambio cultural en la era victoriana tardía, cuando la aristocracia rentista reconfiguró a la burguesía industrial a su propia imagen. El impulso de la economía se vio frenado por un «patrón de comportamiento industrial que sospechaba del cambio, reacio a innovar, enérgico solo para mantener el *statu quo*». *British Imperialism* (1993), de Peter Cain y Tony Hopkins, también hacía mención de la hostilidad hacia la industria provincial que la aristocracia terrateniente transmitía a la elite social en general: un argumento anticipado en estas páginas por Tom Nairn y Perry Anderson, que tomaron las turbulencias económicas de los años de Macmillan y Wilson



como punto de partida para estudiar el peculiar malestar de la «sociedad arcaica» de Gran Bretaña durante la *longue durée*, al observar la continuidad excepcional de un bloque dominante de aristócratas y financieros de la City.

Estos trabajos proporcionan una y otra vez a Edgerton páginas para resaltar sus tesis, pero el contenido específico de cada una tiende a ser pasado por alto en sus polémicas. El declinismo, afirma Edgerton, era «el último refugio de los delirios de gran potencia»: «enmienda esas fallas nacionales, se venía a decir, y el Reino Unido volverá a ser un caballo ganador». Edgerton no niega que otras economías capitalistas crecían más rápido que la de Gran Bretaña. Sin embargo, el proceso en marcha por entonces iba hacia la convergencia con estas últimas, no hacia el colapso nacional. Las décadas de la posguerra registraron la creación de un Estado desarrollista no solo en Gran Bretaña, sino también en otros lugares (el poderoso Ministerio de Comercio Internacional e Industria de Japón fue tal vez el ejemplo más célebre). El declive relativo debería haber sido una señal, «esperada y bienvenida», de que «todos se estaban haciendo más ricos, y los pobres más rápido que los ricos». Para Edgerton, la noción de que el propio comportamiento económico de Gran Bretaña fue frenado por una élite antitecnocrática es patentemente absurdo. Había un montón de técnicos, profesionales y académicos en el aparato estatal —«los encontramos por todas partes»—, aunque se quejaban de su falta de poder y estatus. Es cierto que la historiadora oficial del Estado sobre el esfuerzo bélico británico, Margaret Gowing, había constatado que el estrato tecnológico del país era «extremadamente endeble», pero su relato estaba tan «distorsionado» como el de todos los demás. En resumen, «el declinismo se propuso explicar aquello que nunca sucedió con explicaciones que no se sostenían».

¿Hasta qué punto es todo esto convincente? Con independencia de que lo denominemos declive u optemos por otra fórmula, lo cierto es que durante las décadas centrales del siglo XX se produce un cambio en las circunstancias de Gran Bretaña: esta tiene que prometer la independencia a la India para evitar que se ponga del lado de los japoneses, se vuelve inmensamente dependiente de Estados Unidos y pierde su dominio del mercado mundial. Edgerton se apoya en la distinción existente entre el declive absoluto y el relativo, pero lo cierto es que en un sistema interestatal capitalista, quedarse atrás augura fracaso. Corelli Barnett, por ejemplo, dijo en una entrevista de 1995 con Richard English y Michael Kenny que estaba «más interesado en la competitividad que en el declive». La desazón de Edgerton ante la desintegración industrial y las privatizaciones de la década de 1980, sobre las que escribe con amargura en el libro, se ve luego desplazada por un frenético ataque contra aquellos que sugieren que la putrefacción era ya patente durante la «edad de oro» de la posguerra; de forma análoga, Middlemas hizo toda una defensa de la consulta tripartita al estilo de la vieja izquierda laborista

de Aneurin Bevan en el preciso momento en que aquella era desmantelada por Thatcher. *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History* aporta algunos correctivos necesarios a los relatos nostálgicos sobre el «espíritu del 45» y el Estado del bienestar establecido durante el mandato de Attlee. Pero el panegírico a una vigorosa y autosuficiente nación británica crea a su vez nuevos mitos, que solo pueden sostenerse cuando se ignora la persistencia de los tics imperiales del Estado, en particular los que van envueltos en la libra esterlina; las convulsiones de la financiarización en Londres y del nacionalismo separatista en la franja celta; así como la pérdida de soberanía en favor de Washington. Fue la crisis de convertibilidad de 1947, que Estados Unidos insistió en endosar al gobierno de Attlee corto de fondos, lo que aceleró la pulsión exportadora de Cripps. Desde el punto de vista militar, admite Edgerton, el momento de la nación británica tocó a su fin con la desaparición de su fuerza de disuasión nuclear independiente a finales de la década de 1950.

Tomados comparativamente, los datos difícilmente respaldan las conclusiones de Edgerton. Las cifras del Banco Mundial sobre el crecimiento anual del PIB de Gran Bretaña, Francia y Alemania (Occidental) muestran una Gran Bretaña rezagada con respecto de los demás países hasta 1983, cuando se puso en cabeza con un crecimiento del 4,2 por 100 frente al 1,2 y al 1,6 por 100 registrado por Francia y Alemania, posición que mantendría hasta entrada la década de 2000 gracias sobre todo a la desregulación de su sector financiero orientado internacionalmente. En este punto hallamos la ausencia más evidente de todo el libro: Edgerton relega el papel de la City de Londres en la economía nacional prácticamente a una nota a pie de página. En un libro de más de 600 páginas, el resurgimiento de la City en la década de 1980 se trata en solo dos. El mercado de eurodólares de las décadas de 1960 y 1970 apenas merece una mención; incluso la importación de carne del Río de la Plata y de Chicago en los años de entreguerras recibe más atención. Ausentes también en el análisis de Edgerton están las crisis intermitentes de la balanza de pagos de las décadas de posguerra, que vieron a un gobierno tras otro colocar la carga del ajuste sobre las espaldas del crecimiento industrial interno. Ambos partidos gobernantes vieron en la defensa de la libra esterlina la prioridad fundamental; el laborista Wilson no fue ninguna excepción en este sentido, por mucho que Edgerton lo considere un símbolo del nacional-productivismo británico. Como señaló Tom Nairn en 1965 en la *NLR*, «el papel de banquero del mundo ha resultado ser el sector más duro y resistente del imperialismo, y es todavía lo suficientemente importante como para gobernar la evolución de la sociedad británica».

Edgerton señaló en la edición de 2013 de *England and the Aeroplane* que «el declive está definitivamente pasado de moda» y citaba entre otros textos revisionistas los de Alan Booth, *The British Economy in the Twentieth Century*

(2001) y el de George Bernstein, *The Myth of Decline* (2004). Sin embargo, la crisis financiera de 2008 y la implosión de la política británica después de la votación sobre el Brexit en 2016 han marcado quizá el comienzo de un nuevo giro, que vendría a ser el anunciado por *Divided Kingdom* (2018), de Pat Thane. El propio Edgerton se ha unido a los detractores; en un artículo de opinión publicado en *The Guardian* el año pasado argumentaba: «Allí donde una vez hubo un ridículo “declinismo” que subestimaba seriamente el poderío británico, hoy el pensamiento bucanero del Brexit parece estar presidido por un resurgimiento necio». A los partidarios del Brexit les han dado gato por liebre. «No hay un esfuerzo inventivo nacional británico, ni industria nacional británica, ni tan siquiera una industria armamentística nacional» y «habrá que empezar a explicar cuáles son las realidades».

Podría haber añadido que el declive industrial ha ido más allá de lo que puede explicar por sí sola la convergencia. En vísperas del referéndum sobre la UE, la producción manufacturera per cápita del Reino Unido había caído al puesto vigésimo sexto del ranking mundial, mientras el sector manufacturero como proporción de la producción nacional total lo hacía al puesto centésimo decimotavo, evidenciando un comportamiento calamitoso solo disimulado por el resurgimiento paralelo de la City. La Gran Bretaña del siglo XXI es el país económicamente más dividido de Europa occidental. La hipertrofiada y financiarizada región sudoriental del país ofrece un tremendo contraste con el cinturón desindustrializado de las Midlands y del norte de Inglaterra. El resultado de todo ello no es una economía estancada, sino una economía cada vez más regionalizada. El declive registrado después de Thatcher no se dejó sentir en la City. Tanto el voto por el Brexit, como el ascenso de Corbyn a la dirección del Partido Laborista se vieron impulsados por el profundo descontento popular con estas desigualdades. Mientras, el nacionalismo escocés vuelve a estar claramente en la agenda. En estas circunstancias, la idea de una «nación británica» cohesionada se antoja como una especie de quimera. La cuestión de las relaciones reales a las que aquella idea hacía referencia, comprimidas entre el compromiso continuado con el imperialismo británico y el peso de su contraparte estadounidense, todavía espera respuesta.

## Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

### Para España

#### Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Para Europa

#### Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Resto del mundo\*

#### Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)